

La Comédiathèque

Jean-Pierre Martinez

Nicotina

comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Nicotina

Jean-Pierre Martinez

Trabajar o no trabajar, esa es la cuestión. En un breve descanso para un cigarrillo electrónico, algunos adictos al trabajo intercambian palabras nebulosas.

Distribución muy variable en número y sexo: alrededor de cuarenta roles masculinos o femeninos, un mismo actor puede interpretar varios roles.

Lo que parece ser una terraza. Dos personajes, hombres o mujeres, llegan. Se ponen a fumar. Y divagan observando las volutas que salen de sus cigarrillos, posiblemente electrónicos.

Yael – ¿Sabías que las partículas pueden estar en dos lugares diferentes al mismo tiempo?

Alex – ¿Las partículas?

Yael – ¡Las partículas elementales! Los fotones, si lo prefieres. Según las leyes de la física cuántica, al menos.

Alex – ¿Estás seguro de que estás fumando nicotina?

Yael – No, te lo aseguro. Escuché algo al respecto ayer en la radio.

Alex – Sí. Bueno, a mí me vendría bien ser una partícula, ¿sabes? Podría estar en la reunión que me han puesto hoy a las cinco, y al mismo tiempo recoger a mi hija en la salida del colegio.

Yael – Sería realmente útil tener el don de la ubicuidad. ¿Te imaginas? El sábado por la mañana, haciendo cola en la caja de Alcampo con tu pareja. Y al mismo tiempo, tumbado en la cama con tu amante en un pequeño hotel con encanto en el campo.

Alex – Y al volver, la nevera estaría llena. Seríamos completamente inculpables.

Yael – Ni siquiera haría falta una coartada.

Alex – ¿Podríamos seguir hablando de infidelidad?

Yael – El adulterio supone coexistencia. No se es infiel con las parejas conocidas antes o después del matrimonio. Sin embargo, la física cuántica describe un estado de la materia donde se suspende la noción misma del tiempo.

Alex – Entonces las partículas nunca son cornudas. Es verdad que eso es algo que da qué pensar.

Yael – No más tiempo significa no más causalidad y, por lo tanto, no más culpa.

Alex – No suena muy católico, todo esto.

Yael – Parece que Dios no rige lo infinitamente pequeño. La física cuántica es una teoría de la orgía generalizada.

Alex – Desafortunadamente, mis partículas no están sujetas a las leyes de la física cuántica.

Yael – Tienes razón... Nosotros más bien estamos sujetos a la ley del máximo fastidio.

Alex guarda su cigarrillo electrónico.

Alex – De hecho, tengo que volver, porque no estoy seguro de que mi jefe esté muy versado en física cuántica. Te hará gracia, pero aún está convencido de que cuando estoy en pausa no estoy trabajando.

Yael – Lo que demuestra su profunda ignorancia. Si supiera el alto nivel de las conversaciones que podemos tener durante una pausa para fumar.

Yael guarda también su cigarrillo.

Alex – Es cierto que cada vez nos miran peor a los fumadores.

Yael – Por eso el lunes, lo deajo.

Alex – Ya he oído eso antes.

Yael – No, no, te lo aseguro. Esta vez es la buena.

Alex – ¿Por qué esperar hasta el lunes entonces?

Yael – Tengo que ir a recoger a mi suegra esta noche. Se queda el fin de semana con nosotros. Y créeme, un fin de semana con mi suegra no es el momento adecuado para dejar de fumar.

Alex – Ya veo...

Yael – ¿Tú también tienes suegra?

Alex – Se puede elegir no casarse, pero no se puede elegir no tener suegra.

Yael – A menos que te cases con un huérfano...

Alex – Abandonado en la puerta de una iglesia, de preferencia. Para no tener que ir a poner crisantemos en el cementerio el Día de Todos los Santos...

Yael – Nos lleva de vuelta a la mecánica cuántica. Un gato tiene que estar muerto o vivo. Y para las suegras, es lo mismo...

Alex – ¿Un gato?

Yael – ¿Tampoco has oído hablar del Gato de Schrödinger?

Alex – No.

Yael – Es un amigo de Einstein que cuestionó las leyes de la física cuántica.

Alex – Y entonces, él tenía una suegra.

Yael – Te lo explicaré otro día. Oye, no puedo olvidar echar gasolina en el coche, o me quedaré tirado en la autopista yendo a buscar a mi suegra.

Salen. Llega un hombre. Seguido de cerca por una mujer. Se cruzan miradas, pero claramente no se conocen y rápidamente apartan la vista. El hombre saca un cigarrillo electrónico. La mujer hace lo mismo. El hombre finge buscar algo en sus bolsillos, luego se acerca a la mujer.

Antonio – Disculpa, ¿tendrías fuego, por favor?

La mujer parece desconcertada.

Clara – Pero, ¿es un cigarrillo electrónico, verdad?

Antonio – Es cierto, perdón por eso. Ahora que he dejado de fumar, tendré que actualizar un poco mis métodos de ligoteo.

Clara – Si me permites decirlo, deberías haberlos actualizado desde finales de los años 80, ¿no?

Antonio – En realidad, solo intentaba hacerte reír. Pero parece que no ha funcionado.

Clara – Ya veo. Entonces lo del fuego era una broma. En ese caso, bravo, es muy gracioso. Solo me faltaba... una pequeña advertencia como "Atención, broma".

Antonio – También se me da bien ser gracioso sin querer, ¿sabes? Hacer reír es algo natural en mí. A veces, incluso entiendo mis propias bromas después de hacerlas. ¿Hace mucho que lo dejaste...?

Clara – ¿De hacer bromas?

Antonio – De fumar.

Clara – Ah no, pero nunca he fumado cigarrillos. Todavía no. De hecho, solo vapeo para probar.

Antonio – ¿Para probar?

Clara – Para ver si realmente me gusta.

Antonio – Ah, ya veo...

Clara – Y si me gusta, empezaré a fumar cigarrillos de verdad, con tabaco real. ¿Te parece una tontería?

Antonio – Para nada.

Clara – Aunque, sí que es completamente absurdo.

Antonio – Entonces, ¿ahora tú me estás tomando el pelo a mí?

Clara – Exactamente. Y en mi caso, créeme, es completamente intencional. Solo soy graciosa cuando lo decido.

Antonio – Bueno... Entonces estamos empatados. También aprecio que una mujer tenga sentido del humor, ¿sabes? Y debo admitir que al principio temí que estuvieras totalmente desprovista de él.

Clara – Ahora estoy más tranquila. Yo temía haberte decepcionado ya. Pero dime, cuando hablas del sentido del humor en una mujer, ¿te refieres a su capacidad para reírse de tus propias bromas, ya sean intencionadas o no?

Él queda desconcertado por un momento.

Antonio – ¿Y si hacemos una pausa?

Clara – Iba a proponértelo. Después de todo, estamos aquí para eso, ¿no?

Ambos vapean por separado.

Antonio – De todos modos, nunca habría funcionado entre nosotros.

Clara – ¿Ya se ha terminado la pausa?

Antonio – Trabajamos en la misma empresa...

Clara – Se dice que uno de cada tres personas conoce a su pareja en el trabajo.

Antonio – ¿Te imaginas volver juntos por la noche a nuestro pequeño apartamento en las afueras y preguntarnos cómo nos ha ido el día respectivamente? Cuando trabajamos en la misma oficina.

Clara – ¿Trabajamos en la misma oficina?

Antonio – No te he llamado la atención, de acuerdo. Pero si no te has dado cuenta, es que necesitas gafas.

Clara – También te estoy tomando el pelo. Ve que aún podemos sorprendernos mutuamente, incluso después de trabajar juntos todo el día en la misma oficina durante tres meses.

Antonio – ¿Llevas aquí tres meses?

Clara – Prefiero tomarlo como una de tus bromas involuntarias, o sería un poco ofensivo. Pero estoy de acuerdo en que a la larga sería insoportable.

Antonio – Bueno, entonces solo veo una solución.

Clara – ¿Cuál?

Antonio – Renuncio.

Clara – No estoy segura de preferir salir con un desempleado en lugar de con un compañero de oficina. Ni siquiera tendrías para pagar el alquiler de tu pequeño apartamento en las afueras donde pensabas invitarme a pasar días felices contigo.

Antonio – Es increíble lo prácticas que pueden llegar a ser las mujeres.

Ella le sopla ostensiblemente el vapor de su cigarrillo en la cara.

Clara – Los príncipes encantadores rara vez están apuntados en el paro.

Guarda su cigarrillo electrónico.

Antonio – ¿Podríamos vapear juntos alguna vez?

Clara – Entonces, quizás en otra ocasión.

Antonio – Te recuerdo que trabajamos en la misma oficina. Es poco probable que no nos volvamos a ver nunca.

Clara – Esa es una buena razón para no correr el riesgo de acostarnos juntos.

Ella se va. Él queda un momento perplejo. Sigue fumando un poco y luego se va también.

Llegan dos personajes, hombres o mujeres. Encienden un cigarrillo, posiblemente electrónico. Un silencio algo incómodo.

Claudio – ¿Lo conocías?

Domi – Sí, bueno... Así, de vista... Lo veía de vez en cuando aquí durante su pausa para fumar... ¿Y tú?

Claudio – Trabajaba en la oficina justo al lado de la mía.

Domi – Mmm...

Claudio – Si hubiéramos sospechado algo...

Domi – ¿Sospechado de qué?

Claudio – Pues de lo que le iba a pasar.

Domi – Mmm... ¿Y qué habríamos podido hacer?

Claudio – No lo sé... Podríamos haber intentado algo...

Domi – Ah sí... ¿Y qué, por ejemplo?

Claudio – Tienes razón, no podríamos haber hecho nada.

Domi – Exacto.

Claudio – Es el destino.

Domi – Así que no tenemos nada de qué arrepentirnos.

Un momento. Fuman.

Claudio – Su mujer ha decidido incinerarlo. Eso es lo que él quería, parece.

Domi – Sí, claro...

Claudio – ¿Por qué? ¿Te lo había mencionado?

Domi – Se prendió fuego a sí mismo... Se puede deducir que tenía cierta preferencia por la cremación.

Claudio – Mmm...

Domi – Y además, para la incineración, ya está hecho lo más duro.

Claudio – Bueno, en realidad no se prendió fuego deliberadamente. Fue un accidente.

Domi – Un accidente... Reconocerás que a ese nivel de torpeza, aún podríamos hablar de un acto fallido, ¿no?

Claudio – Es cierto que encender un cigarrillo mientras estás llenando el depósito de gasolina con una garrafa... Es suicida.

Domi – Especialmente cuando ocurre en el arcén de una autopista. (*Un momento*). ¿Fue antes o después que el camión lo golpeó?

Claudio – ¿Antes de qué?

Domi – Antes de que se prendiera fuego como una antorcha.

Claudio – Creo que después. Empezó a correr como si quisiera cruzar la autopista. El conductor del camión intentó esquivarlo, pero no pudo.

Domi – Menos mal que el camión no se incendió también.

Claudio – Era un camión de bomberos. Podemos decir que tuvo suerte en su desgracia. Pudo recibir los primeros auxilios de inmediato.

Domi – Lamentablemente, ya era demasiado tarde.

Claudio – Qué idea cruzar así, sin mirar. Como un loco.

Domi – Aunque, ya estaba envuelto en llamas.

Claudio – Quién sabe qué estaba buscando al otro lado de la autopista.

Domi – Eso... nunca lo sabremos...

Claudio – Mmm... Se llevará su secreto a la tumba... O más bien a su urna...

Domi – Seguramente por eso hablan del secreto de las urnas.

Claudio – ¿Tú crees?

Domi – No, estoy bromeando...

Claudio – Eso me parecía...

Domi – Pero tenías razón antes. Si hubiéramos sospechado algo, aún podríamos haber hecho algo.

Claudio – ¿Qué?

Domi – Podríamos haber intentado convencerlo de que dejara de fumar.

Claudio – ¡Los cigarrillos... deberían estar prohibidos! ¿Sabes cuántas personas mueren cada año por culpa del tabaco?

Domi – Bueno, él no murió directamente por los efectos nocivos del tabaco en la salud...

Claudio – Si no hubiera encendido un fósforo sobre su garrafa después de quedarse sin gasolina en la autopista yendo a buscar a su suegra, hoy estaría fumando un cigarrillo con nosotros.

Domi – Es el destino, te digo. Bueno, ¿vamos?

Están a punto de irse.

Claudio – Parece que encontraron un gato negro en la mediana de la autopista. Me pregunto si eso le trajo mala suerte.

Domi – ¿Y el gato, sobrevivió?

Claudio – ¿El gato? No sabemos si está vivo o muerto.

Domi – Tal vez intentó cruzar las vías para salvar al gato...

Salen. Llega una mujer para fumar. Otra se une poco después. Intercambian una sonrisa educada. El teléfono móvil de la segunda suena y ella contesta.

Patricia – ¿Hola? Te dije que no me llamas aquí. Sí, ya sé que es un móvil, pero a esta hora sabes muy bien que estoy en la oficina. Escucha, hablaremos de nuevo más tarde, ¿vale? Y entre nosotros, ¿uno perdido, diez encontrados, no? Bueno, de verdad que tengo que colgar. No puedo hablar aquí, estoy en una reunión... No, soy yo quien te llamará...

Guarda su teléfono y mira incómoda a la otra que finge no haber escuchado nada.

Cristel – ¿Eres nueva? Nunca te he visto aquí.

Patricia – Desde hace una semana. Antes trabajaba en la planta baja. Salía a fumar afuera en el atrio. Pero la empresa se trasladó a Rumanía.

Cristel – Eso es algo que no logro entender. Nuestras empresas se trasladan a Rumanía, y los rumanos vienen aquí a buscar trabajo.

Patricia – ¿Y tú?

Cristel – Llevo quince años.

Patricia – Ah, vaya. Entonces te gusta...

Cristel – Sí, bueno... Cuando llegué, no pensé quedarme tanto tiempo. Después, no tuve el ánimo para buscar en otro lado. Y ahora, no estoy segura de que alguien más quiera de mí.

Patricia – Lo entiendo. Un contrato de trabajo es un poco como un contrato de matrimonio. Incluso yo, si no me hubieran echado... Por cierto, perdón por antes...

Cristel – ¿Era tu ex?

Patricia – Mi madre.

Cristel – Ah... Es mucho más difícil deshacerse de una madre que de un ex...

Patricia – Seguro por eso no existe el término ex-madre... Perdió a su gato.

Cristel – ¿Ah, sí...?

Patricia – Ella rescata todos los gatos callejeros del vecindario. El problema con los gatos callejeros es que no son muy hogareños. Tarde o temprano terminan escapándose por los tejados.

Cristel – Como los hombres.

Patricia – Parece que sabes de lo que hablas...

Cristel – Yo colecciono un poco a los hombres perdidos. Esos que parecen no saber dónde viven. Los cuido un poco. Los mimo. Comienzan a ronronear. Pero te confirmo que ellos también, tarde o temprano, después de entrar por la puerta, terminan saliendo por la ventana.

Patricia – Sí... (*Mira discretamente su reloj*) No debería tardar mucho, todavía estoy en período de prueba...

Cristel – Yo también debo volver. Pero podríamos tomar una copa de chicas una de estas noches, ¿no?

Patricia – ¿Por qué no? He estado libre como el aire desde hace unos días.

Cristel – Entonces sí hubo un ex.

Patricia – Pero con ese no tuve problemas para deshacerme de él. Parece que los hombres tienen tendencia a consumirse de amor por mí.

Cristel – Tiene mucha suerte...

Patricia – Murió carbonizado en la autopista.

Cristel – Lo siento mucho.

Patricia – De todas formas nunca habría funcionado entre nosotros. Él estaba casado y era del tipo hogareño.

Cristel – La vida es injusta. Los hombres del tipo hogareño, no es en nuestra casa donde viven... Bueno, hasta luego...

Ella se va. La otra fuma un poco más y luego se va también. Llega un personaje, hombre o mujer. Se quita los zapatos, mocasines o tacones de aguja, y se acerca al borde del escenario, como si estuviera al borde de un abismo en el que considera saltar. Otro personaje, hombre o mujer, llega detrás de él y se queda desconcertado.

Ángel – Señor Presidente...

El otro se voltea.

Presidente – A veces me pregunto si no sería mejor parar. ¿No lo cree usted?

Ángel – ¿Parar de fumar, quiere decir?

Presidente – Francamente, ¿para qué todo esto?

Ángel – No lo sé, Señor Presidente...

Presidente – Es la crisis, viejo amigo. El mercado del calzado está en caída libre. La empresa está al borde del precipicio. Solo falta un paso.

Ángel – Yo... No hay que ser tan pesimista, Señor Presidente. Todavía se siente un movimiento.

Presidente – ¿Un movimiento? ¿Usted siente un movimiento? ¡Es la fiebre, viejo amigo! ¡La fiebre!

Se aleja del borde del escenario, descalzo.

Presidente – ¿Ha oído hablar de las sandalias de Empedocles?

Ángel – Las sandalias de... No, Señor Presidente. Pero si lo desea, puedo estudiar el asunto.

Presidente – Bueno, querido, si alguna vez encuentra mis zapatos al borde de este volcán, sabrá dónde encontrarme.

Ángel – ¿Dónde, Señor Presidente?

Presidente – Abajo, viejo amigo. ¡En el caldero de los infiernos!

Ángel – Claro, Señor Presidente. *(Su teléfono móvil suena)* Permítame un momento, Señor Presidente... Sí? Sí, sí... Escúchame... No puedo hablar contigo ahora mismo... *(Bajando la voz un poco)* Estoy con el Presidente... *(Mientras habla, el Presidente se aleja discretamente, dejando sus zapatos allí.)* De acuerdo, te llamaré en cinco minutos...

Guarda su teléfono móvil y, al no ver al Presidente, se queda perplejo por un momento. Se inclina hacia el borde del escenario para mirar hacia abajo.

Otro personaje, hombre o mujer, llega y también comienza a fumar. El primero se voltea y se sorprende al verlo.

Luca – ¿Estás bien?

Ángel – Eh... Sí, sí...

Luca – ¿En qué estás trabajando en estos momentos?

Ángel – Las... Las Sandalias de Empedocles, ¿conoces?

Luca – He oído hablar un poco de ellas, sí.

Ángel – ¿Y sabes a quién pertenecen?

Luca – Las sandalias de... Pues a él, ¿no?

Ángel – Ah sí, evidentemente.

Luca – ¿Por qué?

Ángel – No sé... Intuición... No se lo digas a nadie, pero tengo la sensación de que nuestras acciones en la bolsa van a subir.

Luca – ¿Subir? ¿Por lo de las sandalias de Empedocles?

El otro vuelve a mirar los zapatos.

Ángel – En cambio, aquí pronto podríamos tener un problema de liderazgo. Si fuera tú, vendería. Esto queda entre nosotros, por supuesto...

El primero se va. El otro lo ve irse, intrigado. Después de un momento, ve los zapatos, se acerca y los observa con perplejidad. Luego se acerca más al borde del escenario y mira hacia abajo. Saca su teléfono móvil y marca un número.

Luca – Sí, soy yo. Oye, podrías vender todas las acciones que tenemos en cartera de... *(Llega otro personaje, hombre, y se interrumpe)* Espera, te llamo luego...

Se va. El otro queda solo en escena.

Alán – Con o sin filtro...

Llegan dos mujeres, una rubia y otra morena.

Alán – Rubia... o morena.

Las dos mujeres continúan su conversación sin prestarle atención.

Amalia – Entonces le dije, ¿pero tú te estás burlando de mí?

Nuria – ¿Y qué te respondió?

Amalia – ¿Qué esperabas que me respondiera?

Nuria – ¿No respondió nada?

Amalia – ¿Y a ti qué te dijo?

Nuria – Lo mismo.

Amalia – ¡No me lo puedo creer!

Nuria – Te lo aseguro.

Amalia – Pero es increíble. ¿De verdad te dijo eso?

Nuria – Me dejó sorprendida.

Amalia – Ah sí, claro, no me extraña. ¿Pero quién se cree que es?

Nuria – Hay que ponerlo en su lugar de vez en cuando, está claro, porque si no...

Amalia – Ah no, te lo juro, hay veces...

El tipo hace una pose teatral para declamar en estilo shakespeariano.

Alán – Fumar... o no fumar.

Finalmente, las dos mujeres lo ven y se intercambian una mirada de desconfianza.

Alán – Esa es la cuestión... Señoras... Que tengan un buen día...

El tipo se va. Ellas esbozan una leve sonrisa pero no responden. Él sale.

Nuria – ¿Quién es ese? ¿Lo conoces?

Amalia – Lo he visto una vez o dos.

Nuria – Se cree mucho, ¿verdad?

Amalia – Ya te digo.

Nuria – ¿Se cree Alán Delon o qué?

Amalia – Claro que no es Alán Delon, ¿verdad?

Nuria – ¿Sabes dónde trabaja?

Amalia – Creo que en el quinto.

Nuria – ¿En el quinto? ¿Qué hacen en el quinto?

Amalia – No lo sé... Supongo que lo mismo que en el sexto.

Nuria – Ah ya, vale. Entonces sí que se cree...

Fuman un momento.

Amalia – Bueno, la verdad es que no está mal...

Nuria – Ya te digo.

Amalia – No es Alán Delon, pero bueno...

Nuria – Hay que ser realistas, es poco probable que veamos a Alán Delon por aquí algún día.

Amalia – Eso está claro...

Comienzan a irse.

Nuria – ¿Y dices que trabaja en el quinto?

Amalia – Creo que sí.

Nuria – ¿Alán Delon no ha fallecido?

Salen. El Presidente regresa acompañado de otro ejecutivo, hombre o mujer. El CEO está descalzo.

Sasha – Es increíble. ¡Las acciones de la empresa cayeron un 20% en dos horas!

Presidente – Sí, lo sé.

Sasha – No parece preocuparle...

Presidente – Una caída en las acciones también es una oportunidad de compra. Compré el 10% de la compañía cuando las acciones estaban en su punto más bajo. (*Consulta la pantalla de su teléfono.*) De hecho, nuestras acciones acaban de recuperar un 15%.

El otro también mira su pantalla de teléfono.

Sasha – Al parecer, era un rumor sobre la muerte del Presidente...

Presidente – Infundado, como pueden ver. Ya ven, ¡nunca me he sentido mejor!

El otro lo mira con sospecha.

Sasha – Entiendo... (*Nota que el Presidente está descalzo.*) Pero, ¿qué ha hecho con sus zapatos?

Presidente – ¿Mis zapatos?

El Presidente finge ver sus zapatos, que había dejado intencionalmente antes en el borde del escenario.

Presidente – ¡Ahí están! Temía haberlos perdido para siempre.

Se acerca al borde del escenario y se pone los zapatos. Luego golpea el hombro del otro.

Presidente – Es un milagro, amigo. Créanme, Dios existe.

Salen. Llegan dos personajes más. El segundo está riendo y continuará durante toda la escena.

Max – Pareces muy contento. ¿Qué te causa tanta alegría?

Pat – ¿No te lo he dicho?

Max – No. ¿Te vas de vacaciones?

Pat – Dejo la empresa. Definitivamente.

Max – ¿Te han despedido?

Pat – ¡Mejor que eso!

Max – ¿Has ganado la lotería?

Pat – Me diagnosticaron una enfermedad genética muy rara. Los médicos han estado dando vueltas durante meses, pero finalmente me diagnosticaron. Había una oportunidad entre veinte millones de que me tocara a mí, ¿te das cuenta? Me voy esta noche de baja por enfermedad prolongada.

Max – Ah, sí, entiendo tu hilaridad. Es mucho mejor que ganar la lotería, efectivamente.

Pat – Pero, no es una enfermedad mortal, ¿eh? Solo es una enfermedad que... me hace extremadamente eufórico todo el día.

Max – Ah, sí...

Pat – No dejo de reír desde la mañana hasta la noche.

Max – Claro que en nuestro trabajo puede ser incómodo.

Pat – ¿Te imaginas que le diga a un cliente: "entonces, también tenemos este modelo en roble macizo. Es un poco más caro, por supuesto, pero es lo mejor que tenemos actualmente en ataúdes..." ¡Y luego me ría justo después de decir eso!

Max – Seguro que en los servicios funerarios se podría considerar la risa constante como una enfermedad profesional... ¿Y realmente no puedes evitarlo?

Pat – Es genético, te lo digo. Es una enfermedad huérfana muy rara. No tiene ningún tratamiento.

Max – ¿Y tu familia, cómo lo está llevando?

Pat – Muy mal. Llevamos veinte años sin hablarnos, y de repente me río todo el día. Mis amigos, igual. Todos están convencidos de que me estoy burlando de ellos.

Max – Y ahora mismo, ¿estás seguro de que no te estás burlando de mí, por casualidad?

Pat – Pero no, te lo aseguro.

El otro guarda su cigarrillo electrónico.

Max – Bueno, suficiente risa. Yo tengo que volver a trabajar. Y créeme, no es para reírse. Así que diviértete, ¿vale?

Pat – Pero espera...

Él se ríe. El otro se va disgustado. Llegan dos mujeres.

Isabel – ¿Por qué se ríe tanto ese?

Carmen – Sin embargo, no hay motivo para reírse.

Pat prefiere irse. La segunda comienza a fumar o vapear.

Isabel – A veces, te juro que dan ganas de matarlo.

Carmen – ¿A quién?

Isabel – ¡Al jefe!

Carmen – Ah, sí...

Isabel – ¿Sabes que se pone de mal humor cuando le digo que me tomo un descanso para fumar?

Carmen – Quizás le preocupa tu salud.

Isabel – Sí, claro. ¿Pero quién se cree que soy? Incluso los esclavos en las galeras tenían derecho a un descanso de vez en cuando.

Carmen – ¿Tú crees?

Isabel – Bueno, no somos esclavos tampoco.

Carmen – Está claro. *(Le ofrece un cigarrillo)* ¿Quieres uno?

Isabel – No, gracias, he dejado de fumar.

Carmen – ¿Has dejado de fumar?

Isabel – Sí... También por eso estoy un poco nerviosa, ¿sabes?

Carmen – ¿Y sigues tomando tu descanso para fumar?

Isabel explota.

Isabel – ¡No me digas que tú también vas a empezar!

Carmen – ¿Qué? ¿Qué he dicho?

Isabel – ¡No es porque haya dejado de fumar que voy a renunciar a mi descanso para fumar!

Carmen – Sí, no, pero no he dicho eso.

Isabel – ¡El descanso para fumar es un derecho, joder!

Carmen – Sí, sí, claro. Seguro. Sí.

Isabel – ¡Oh, y todos me estáis tocando las narices!

Se va. La otra la sigue.

Carmen – No, espera, podemos seguir hablando...

Isabel – Si esto sigue así, vuelvo a fumar. ¿Es eso lo que queréis?

Salen. Dos personajes, hombres o mujeres, entran. Empiezan a fumar.

Kim – ¿En qué piso trabajas?

Sam – En el quinto...

Kim – ¿Qué empresa hay en el quinto?

Sam – Lo mismo que en el cuarto.

Kim – Ah, ya. Importación-exportación.

Sam – En este momento, sobre todo importación.

Kim – Sí. ¿Qué podríamos exportar?

Sam – Sí.

Kim – No sé.

Sam – Quizás nuestros diputados y senadores.

Kim – Es cierto que, a diferencia del petróleo, de eso no nos falta.

Sam – Los senadores son la única energía que es tanto fósil como renovable.

Kim – ¿Y qué productos importáis?

Sam – Un poco de todo. Pero estamos especializados en productos financieros.

Kim – ¿Productos financieros?

Sam – Importamos capitales.

Kim – ¿Para qué?

Sam – Para pagar los otros productos que importamos.

Kim – Ah, vale... ¿Pero con qué pagamos esos capitales que importamos?

Sam – Ahora hay varios términos muy técnicos para designar ese tipo de productos en el jerga financiera, pero básicamente, podemos llamarlos reconocimientos de deuda.

Kim – Entonces, en realidad, importamos todo lo que consumimos y lo único que exportamos son nuestras deudas.

Sam – Exacto.

Kim – ¿Pero por qué todos esos países que nos mantienen compran nuestras deudas?

Sam – Para que tengamos con qué pagarles. De lo contrario, no podrían exportar. Sería el colapso del sistema.

Kim – Veo... Pero entonces, ¿por qué todos esos países pobres no consumen lo que producen en lugar de exportarlo hacia países ricos que no tienen dinero para pagarles?

Sam – Porque precisamente son países pobres. El nivel de vida es muy bajo y las desigualdades son muy marcadas. No hay clases medias, por lo tanto, no hay mercado interno. Y, por supuesto, los obreros no tienen dinero para comprar lo que producen.

Kim – Es un poco paradójico, ¿no?

Sam – Así es... Todos los economistas te lo dirán.

Kim – Me pregunto por qué aún no se nos ha ocurrido guillotinar a algunos...

Sam – ¡Oh la la! ¿Eres un alterglobalista, verdad?

Kim – Es mi lado Che Guevara...

Sam – Y tú, ¿en qué piso trabajas?

Kim – En el decimotercero. Trabajo para una ONG.

Sam – Pensé que este edificio solo tenía doce pisos.

Kim – Sí, sí, es cierto. Pero trabajo en una ONG ficticia.

Sam – Ah, vale...

Kim – De hecho, tengo que volver.

Llega una anciana que se parece mucho a la muerte.

Sam – ¿Quién es ella?

Kim – La propietaria. No la vemos mucho rondando por aquí...

Sam – ¿La propietaria de esta torre?

Kim – De la torre, sí. Y de todas las empresas que alberga.

Sam – Incluso las empresas ficticias...

Kim – Ella es accionista mayoritaria en el holding que posee todo esto. Antes pertenecíamos a los fondos de pensiones...

Sam – Pero ahora que han eliminado las pensiones...

Se va. El otro lo sigue. Llegan dos personajes más.

Jo – ¿Tienes noticias de él?

Nic – Ha muerto.

Jo – Mierda. Entonces no era tan leve después de todo. No sabía que se podía morir de risa.

Nic – De hecho, murió de agotamiento. Estaba sacudido por una risa incontrolable todo el día. Y también por la noche. Ya no podía dormir. Fue el corazón el que cedió. No pudo disfrutar mucho de su baja médica.

Jo – ¿Y los médicos no pudieron hacer nada para salvarlo?

Nic – Intentaron de todo para que dejara de reír. Incluso lo llevaron al teatro. Pero la enfermedad ya estaba demasiado avanzada...

Se oye el ruido atenuado de una alarma de incendios. Llega una tercera persona, afligida y en ropa interior.

Mat – ¡Hay un incendio en la planta baja!

Jo – ¿Un incendio?

Mat – Trabajo en el primero pero subí al séptimo por... Bueno, preferí refugiarme en el último piso. Tal vez nos rescaten en helicóptero antes de que el fuego se propague hasta aquí.

Nic – Ves demasiado la tele...

Mat – ¡Dios mío, dejé todos mis archivos en mi oficina! Y ya la empresa para la que trabajo no está muy bien. El precio de las acciones está en caída libre...

Jo – Aunque, si todos morimos carbonizados...

Nic – Si quieres, haremos grabar en tu tumba el logo de tu empresa, con la inscripción "muerto por el sistema financiero".

Mat – Tienes razón... Si salimos de esta, te aseguro que ya no me lo tomaré todo tan trágicamente... Al fin y al cabo, solo se vive una vez, ¿no?

Jo – Excepto los gatos, que tienen siete vidas...

El segundo echa un vistazo a la pantalla de su móvil para leer el mensaje de texto que acaba de recibir.

Nic – Acabo de recibir un mensaje de un compañero que trabaja en el primero.

Mat – ¿Los bomberos han sido avisados?

Nic – Es solo un simulacro de incendio.

Mat (*haciendo la señal de la cruz*) – Gracias a Dios...

Jo – Sí... Casi podríamos hablar de un milagro...

Mat – Tengo que volver inmediatamente. Mi jefe se preguntará dónde he estado.

Se va.

Nic – El día a día nos atrapa rápidamente...

Jo – Sí.

Nic – Desde la guardería deberíamos haber protestado.

Jo – Sí... Pero no abrimos la boca.

Nic – Luego siguió con la escuela.

Jo – Nos dimos cuenta de que ya estábamos aburridos a tiempo completo, pero pensamos que iría mejor cuando termináramos nuestros estudios.

Nic – Y luego comenzamos a trabajar y pensamos que iría mejor cuando estuviéramos jubilados.

Jo – Y fue entonces cuando eliminaron las pensiones.

Empiezan a irse.

Nic – ¿Y por cierto, qué piensas de la recién llegada?

Jo – ¿La recién llegada?

Nic – No me digas que no la has notado...

Se van. Llega un personaje solo.

Ben – No fue un simulacro de incendio. Era yo. Intentaba fumar discretamente un porro en los baños. Como cuando estaba en el colegio. Pero en aquella época, el único detector de humo que teníamos era el conserje... Ahora, el conserje es Big Brother, con sensores por todas partes. Así es como estamos. Todavía tenemos que escondernos para fumar. A nuestra edad.

Enciende un porro y fuma.

Ben – Qué mierda... No esperaba ganar la lotería, ¿eh? No juego. Y además, el que gana la lotería... Es demasiado azar. Algo que no has hecho nada para conseguir. Pero un pequeño empujón del destino. Solo un poco de suerte. Suficiente para que te facilite un poco la vida... No demasiado, para que puedas decir: Vale, tuve un golpe de suerte, pero aún así lo merecía. Pero la suerte no existe. No hay milagros. O tal vez, cuando tuve mi oportunidad, no supe aprovecharla. Así que fumo. Para ver la vida en rosa.

Llega otro personaje.

Ben (ofreciéndole su porro) – ¿Quieres?

Charlie – Gracias, dejé. (*Empieza a vapear*) ¿En qué trabajas?

Ben – Oh, en varias cosas. Pero en general, puedo decir que principalmente estoy en la mierda. ¿Y tú?

Charlie – Soy... Bueno, era contador. Mi jefe acaba de pillarme con su secretaria en los baños de la oficina.

Ben – ¿Está prohibido por el reglamento interior de tu empresa acostarse con la secretaria del jefe?

Charlie – Solo si el jefe ya se acuesta con su secretaria.

Ben – Ya veo. Derecho de prelación. Así que te han despedido.

Charlie – Sin previo aviso. Tengo que despejar mi escritorio antes de esta noche.

Ben – ¿Y qué vas a hacer?

Charlie – ¿Sabes qué? Creo que este despido es una oportunidad para mí.

Ben – ¿Ah, sí? Entonces eres de los que ven el lado positivo...

Charlie – Nunca hubiera tenido el valor de renunciar. Voy a montar mi propia empresa.

Ben – Una empresa de contabilidad, supongo.

Charlie – Cuando sales de la cárcel, no sueñas con convertirte en carcelero. No, voy a montar un restaurante. No sé por qué, siempre he querido tener un restaurante. Aunque ni siquiera sé cocinar.

Ben – Ah, sí. Sin embargo, eso puede ayudar cuando quieres dedicarte a la restauración...

Charlie – ¿Tú trabajas en la restauración?

Ben – En informática.

Charlie – Voy a necesitar un chef... ¿Sabes cocinar?

Ben – Sé hacer pasta.

Charlie – Podríamos abrir un restaurante italiano.

Ben – ¿Dónde vais a montarlo, este restaurante?

Charlie – En el Sur... Ya que estamos... Ya conoces la canción. Si tengo que acabar en la miseria, será menos penoso bajo el sol.

Ben – Y además, cuando montas un restaurante, al menos tienes la seguridad de no morir de hambre.

El otro se prepara para irse.

Charlie – Venga, voy a meter todas mis cosas de oficina en una caja, como en las series americanas, y me largo.

Ben – Voy a bajar contigo...

Charlie – ¿Al Sur?

Ben – Al ascensor, para empezar.

Salen. Llegan un hombre y una mujer. Vapean un momento en silencio.

Juan – ¿Qué tal?

Celia – Bien.

Juan – ¿Quieres ir a ver una película?

Celia – ¿Esta noche?

Juan – Claro, esta noche.

Celia – ¿Qué hay en cartelera?

Juan – No sé, habría que mirar. Lo miraré luego.

Celia – Si quieres, después podemos ir a cenar.

Juan – OK.

Celia – También podemos comer en casa.

Juan – Vale.

Se acerca al borde del escenario y mira a lo lejos.

Juan – Nunca me había fijado en que desde aquí se ve la torre donde vivimos.

Celia – ¿No?

Ella se acerca.

Juan – Pero sí, mira, justo al otro lado del bulevar.

Celia – No lo veo...

Él señala con el dedo.

Juan – A la derecha de la central térmica. Esa torre con el techo lleno de antenas. ¡Esa es nuestra casa!

Celia – Ah, sí, tienes razón. Es curioso.

Juan – Sí.

Observan el espectáculo en silencio por un momento.

Juan – Me pregunto si no debería cambiar de trabajo.

Celia – Ah, ¿sí? Pues sí...

Juan – Rompería un poco la rutina.

Celia – Pero cuando dices cambiar de trabajo...

Juan – Ah, no, me quedaré en el mismo sector, tranquila.

Celia – Quieres decir cambiar de empresa.

Juan – Un compañero me ha avisado de que acaban de liberar un puesto de informático en la empresa donde trabaja.

Celia – ¿Ah, sí? ¿Y dónde es?

Juan – En el tercer piso.

Celia – Ah, vale...

Juan – Podremos tomar nuestros descansos juntos.

Celia – Si crees que es mejor.

Juan – Bueno, vamos a volver.

Celia – Vale...

Se van. Vuelve el Presidente acompañado de otro personaje, hombre o mujer.

Presidente – Entonces, viejo amigo, ¿qué vas a hacer ahora que estás jubilado?

Dany – Oh, ya sabe, no voy a tener tiempo de aburrirme.

Presidente – ¿De verdad lo cree?

Dany – Haré todo lo que no he tenido tiempo de hacer hasta ahora.

Presidente – ¿Ah, sí? ¿Como qué, por ejemplo?

Dany – No lo sé...

Presidente – ¿Ir de pesca?

Dany – Por qué no, sí...

Presidente – Yo digo que se va a aburrir, viejo, ya verá.

Dany – Al principio, quizás un poco.

Presidente – El trabajo es peor que el tabaco, en cuanto a adicción. Nunca se debería empezar. Después es demasiado tarde.

Dany – Entonces tomaré la jubilación como una desintoxicación.

Presidente – La jubilación no debería existir. De hecho, casi ya no existe. Quizás sea el último en disfrutar de esta aberración.

Dany – ¿Lo cree?

Presidente – Hoy en día, la gente vive más de cien años, y muere en buena salud. ¿Se siente viejo?

Dany – Dios mío...

Presidente – Vale, no tiene el ímpetu de un tipo de veinte años, y nos cuesta mucho más, pero bueno... Podríamos encontrarle un trabajito subalterno pagado con el salario mínimo para que termine su carrera en la Tierra. O incluso un trabajo voluntario. ¿Le gustaría trabajar en la cafetería? Nos falta personal en la fregona.

Dany – Pues...

Presidente – ¡Pero estoy bromeando! ¿Se cree todo lo que le dicen, eh? Eso sí que no es contradictorio. *(El Presidente se acerca al borde del escenario.)* Hay una vista magnífica desde aquí, nunca lo había notado...

El otro se acerca por detrás con los brazos extendidos para empujarlo. Pero el Presidente se gira y interpreta su gesto como un intento de beso.

Presidente – Vamos, viejo, no sea tan sensible.

Lo abraza por un momento.

Presidente – Le vamos a echar de menos. Ya no hay tipos como usted, por suerte. Disfruta de su jubilación, que ya nos cuesta bastante.

Dany – Gracias, señor presidente.

El Presidente empieza a alejarse.

Dany – ¡Señor presidente!

Presidente – ¿Sí?

Dany – ¡Mierda!

Presidente – ¿Como en el teatro, entonces? Gracias por deseármelo, viejo.

El Presidente se va.

Dany – Ni siquiera pude decirle mierda antes de irme...

Sale. Llegan dos personajes, hombres o mujeres. Empiezan a vapear.

Micky – ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

Rafa – Es mi primer día. ¿Y tú?

Micky – También es mi primer día. Y creo que va a ser el último.

Rafa – ¿Estás de temporal?

Micky – No, acabo de mandar a la mierda a mi jefe.

Rafa – Deberías haber esperado al final del periodo de prueba.

Micky – No es mi estilo esperar. Soy impulsivo.

Rafa – ¿Y ahora qué vas a hacer?

Micky – Tal vez me vaya al extranjero.

Rafa – ¿Ah sí? ¿A dónde?

Micky – No lo sé. Quizás a China.

Rafa – ¿Hablas chino?

Micky – Aprenderé. China es donde está pasando todo ahora, ¿no?

Rafa – Sí, tal vez.

Micky – ¿Quieres comer juntos al mediodía? Gastaré mis últimos tickets restaurant...

Rafa – Vale.

Micky – Comeremos chino.

Rafa – Así podrás empezar a aprender el idioma.

Se van. Llegan otros dos y se ponen a fumar.

Fred – ¿Qué tal?

Al – Bien... Bueno, la verdad, no...

Fred – ¿Qué pasa? ¿Problemas personales?

Al – Bueno, no. No tengo ningún problema personal. De hecho, no tengo vida personal.

Fred – Entonces, ¿qué te pasa?

Al – No lo sé... Una sensación de vacío... La sensación de no estar en mi lugar... Siento que mientras estoy aquí, mi vida está pasando en otra parte. Sin mí. ¿Alguna vez has sentido eso?

Fred – Es solo un pequeño bajón. Deberías ver a un médico. Él te dará algo. No te quedes así, ya sabes. No se debe jugar con eso.

Al – Para eso, puedo tranquilizarte enseguida. Ya no juego desde hace mucho tiempo. Es más, ni siquiera recuerdo la última vez que me reí.

Fred – Entonces, ¿qué piensas hacer? No vas a hacer una tontería al menos. Quiero decir, ¿como renunciar?

Al – No lo sé... La vida es curiosa. Al principio, pensamos que tenemos problemas, pero que los resolveremos uno por uno, y que después estaremos tranquilos. Y luego, nos damos cuenta de que una vez resueltos esos problemas, surgen otros. Y siempre habrá más problemas por resolver. El tiempo pasa y a partir de cierta edad, empezamos a pensar que todos esos problemas, un día, ya no serán nuestros. Porque simplemente no estaremos aquí. Creo que he alcanzado esa edad. No trae serenidad, pero permite cierta distancia. ¿Sabías que el Papa ha muerto?

Fred – No me digas que eso es lo que te pone así... ¿Lo conocías personalmente?

Al – No...

Fred – No sabía que te interesaba tanto la religión. ¿Crees en Dios?

Al – No. ¿Y tú?

Se van. Llegan otros dos.

Mok – ¿Has oído eso? El Papa ha muerto.

Zac – ¿El Papa?

Mok – El Papa.

Zac – ¿Y de qué murió?

Mok – Cáncer de pulmón.

Zac – No sabía que el Papa fumaba.

Mok – Aparentemente, fumaba a escondidas.

Zac – El tabaco, es una verdadera mierda.

Mok – Fidel Castro o Winston Churchill, igual. Si no hubieran fumado tanto y hubieran hecho más deporte, tal vez estarían vivos todavía.

Zac – Y si Hendrix hubiera tocado el violín en una orquesta filarmónica, seguramente seguiría con nosotros hoy.

Mok – Me pregunto qué estaría haciendo, ¿eh?

Zac – Estaría jugando al scrabble en su residencia de ancianos con Jim Morrison, James Dean y Janis Joplin.

Mok – Tienes razón, sería extraño... ¿Crees que no vale la pena dejar de fumar?

Zac – Pero todas esas personas de las que hablamos, ya habían alcanzado la cumbre de su arte. Nosotros todavía estamos buscando en qué podríamos ser buenos.

Mok – Creo que si fuéramos genios, ya se sabría.

Zac – Cervantes escribió Don Quijote después de los cincuenta. Todavía tenemos esperanza.

Mok – Entonces, ¿hay que ser un genio para tener derecho a arruinar la salud, verdad?

Zac – ¿Qué quieres que te diga? Somos de la raza de los jodidos. Así son las cosas.

Se van. Llega un hombre y una mujer.

Gina – ¿Ya no fumas?

Alán – No, lo dejé.

Gina – Está bien.

El otro se prepara una línea de cocaína y la aspira.

Alán – En cambio, volví a la cocaína.

Alán sale. El otro se queda ahí. Llega otra mujer.

Blanca – Hola.

Gina – Hola.

Blanca – No puedo dejarlo.

Gina – Yo tampoco.

Blanca – Es el trabajo. Me estresa, así que fumo para desestresarme.

Gina – Es el trabajo el que deberías dejar.

Blanca – Seguro. Pero me pregunto si no me costaría aún más dejar el trabajo.

Gina – El trabajo es una droga dura. Debería estar prohibido.

Blanca – Sí. ¿Y tú en qué trabajas?

Gina – Litigios... (*Ante la expresión perpleja de la otra*) Recuperación de deudas, ese tipo de cosas.

Blanca – Genial. ¿Te gusta?

Gina – Desde pequeña soñaba con acosar a personas endeudadas y extorsionarles sus últimos ahorros para pagar créditos por productos que no necesitan.

Blanca – Ya veo...

Gina – ¿Y tú? ¿También trabajas para hacer felicidad a la humanidad?

Blanca – Asesora bancaria... Debería estar prohibido llamar asesores bancarios a personas que son comerciales. No estamos aquí para dar consejos, estamos aquí para vender productos.

Gina – Sí... Mi proveedor de internet me llama todas las noches para saber si necesito algo... Es el único, de hecho...

Blanca – ¿Has visto la cantidad de empresas de servicios a domicilio que están proliferando al lado de las tiendas de cigarrillos electrónicos?

Gina – ¿Qué son los servicios a domicilio?

Blanca – Limpieza, cocina, conversación...

Gina – Entonces, ahora para hablar con alguien, hay que pagar.

Blanca – Tranquila, conmigo es gratis. Por ahora.

Gina – Vivimos tiempos extraños...

Blanca – Bueno, tengo que volver al trabajo. Gracias, hablar un rato contigo me ha levantado el ánimo.

Se van. Antonio vuelve. Poco después llega Clara.

Clara – ¿Todavía estás aquí?

Antonio – Nadie me espera en casa. Parece que tú tampoco.

Clara – No.

Antonio – Pero esta es la última vez que hago horas extras. Hay algunos expedientes que cerrar antes de irme.

Clara – ¿Irte?

Antonio – Hoy he presentado mi renuncia.

Clara – Espero que no sea por mi culpa.

Antonio – ¿Por qué sería por tu culpa?

Clara – ¿Para evitar que trabajemos en la misma empresa en el improbable caso de que tengamos relaciones sexuales juntos? En ese caso, es una lástima. Realmente no hacía falta.

Antonio – ¿Estás tan segura de que nunca vamos a acostarnos juntos?

Clara – Sobre todo porque estoy trabajando como temporal. Mi misión aquí termina esta noche de todos modos...

Antonio – Entonces, ambos vamos a ser desempleados.

Clara (*irónica*) – Nada se opone ya a nuestro amor...

Él la besa y ella se deja llevar.

Antonio – He actualizado un poco mis métodos de seducción. Y he dejado de hacer bromas.

Clara – Ya veo...

Antonio – Digamos que soy un poco más directo.

Clara – No me desagrada.

Antonio – Ya está oscureciendo. Pronto veremos las estrellas.

Clara ve algo contra una de las paredes de la terraza, que puede permanecer invisible.

Clara – ¿Qué son esas placas con esas inscripciones?

Antonio – Ah, no estás al tanto, ¿verdad? Es cierto que estás como temporal. Son epitafios.

Clara – ¿Epitafios?

Antonio – Hay empresas que proporcionan guarderías para sus empleados. Bueno, los propietarios de esta torre proporcionan a los empleados un jardín del recuerdo para las cenizas de los difuntos.

Clara – Un jardín del recuerdo...

Antonio – Una terraza del recuerdo, si lo prefieres. Los familiares del difunto pueden esparcir sus cenizas desde lo alto de la torre. O si no, lo hace el jefe.

Clara – Y esta terraza del recuerdo también sirve como zona para fumadores...

Antonio – Con el precio de la vivienda en la ciudad... Y así, nuestros queridos difuntos fumadores tienen la sensación de estar un poco en pausa.

Clara – Una pausa definitiva.

Antonio – El tabaco ha contribuido ampliamente a la solución definitiva del problema de las pensiones...

Clara – Y el cementerio se ha convertido en una dependencia de la oficina. ¿Qué dice en esas lápidas?

Antonio se acerca para leer algunas.

Antonio – Veamos... (*Leyendo*) "No estoy aquí, pero pueden dejarme un mensaje"... "El cambio es ahora"... "Mañana dejo de fumar"...

Clara – Edificante...

Antonio – Escucha esto, parece un aforismo: "A diferencia de las partículas, los testículos no pueden estar en dos lugares diferentes al mismo tiempo"...

Intercambian una mirada.

Clara – Es cierto que este lugar es muy romántico, pero quizás no deberíamos quedarnos mucho tiempo.

Antonio – ¿Puedo fumar un último cigarrillo?

Clara (*decidida*) – Si quieres seguirme, es ahora.

Antonio – Vale. (*Se dirigen hacia la salida*) ¿Dónde vives?

Clara – Justo al lado. ¿Quieres tomar algo en casa?

Antonio – De acuerdo. Pero te advierto, nunca duermo en la primera cita.

Clara – Ahí vas de nuevo con tus bromas.

Se van juntos. Llega un personaje (hombre o mujer). Vapea un momento antes de dirigirse al público.

Personaje – Este es mi último cigarrillo. Se acabó. Lo dejo. No sé por qué les estoy contando esto. De todos modos, mañana será sin mí. Dudé mucho tiempo, pero al final me decidí. Nunca es el momento adecuado, ¿verdad? No todos los días es fácil encontrar una buena razón para seguir adelante. Pero créanme, es aún más difícil detenerse aquí, sin razón. No sé cómo lo hacen todas esas personas que dejan una pequeña nota detrás de ellas. Una carta de renuncia. ¿Qué esperan aún? ¿Un poco de comprensión? Me voy en silencio. ¿Qué podría decirles? ¿Qué podrían entender? Ni siquiera yo me entiendo. La vida ya no me entiende. ¿Y si me respondieran? ¿Qué se puede responder a los ausentes? Me voy sin decir una palabra. Sin previo aviso. Dejo mi lugar. Porque seré reemplazado, claro está. También ustedes. No sueñen. En la multitud, nadie es irremplazable. Cuando ya no estás aquí, llega otro. Aquí o en otro lugar. Un poco más tarde o justo después. (*Aplasta su cigarrillo o guarda su vaporizador.*) No, si pudiera decirles algo antes de irme, les diría solamente: no se preocupen, me fundiré en la multitud. Ya no estoy aquí. (*Una pausa*) No es la muerte. Es solo una nueva vida que comienza...

El personaje se va.

Llega una mujer, vestida como Mamá Noel. Enciende un cigarrillo o empieza a vapear. Llega un hombre a su vez. Primero ve a la mujer de espaldas y se sorprende un poco por su disfraz de Papá Noel. Está aún más sorprendido cuando la mujer se voltea y ve que es Mamá Noel.

Hombre – Buenos días...

Mamá Noel – Hola.

Hombre – ¿Tú...?

Mamá Noel – Vengo para el árbol de Navidad.

Hombre – ¿El árbol de Navidad...?

Mamá Noel – El árbol de Navidad de la empresa. Supongo que para la que trabajas.

Hombre – Ah sí, cierto... El árbol de Navidad... Ni siquiera sabía que aún existía... Ahora, con todas estas leyes sobre la laicidad...

Mamá Noel – No tienes hijos...

Hombre – No tengo tiempo, desafortunadamente. En veinte o treinta años, tal vez... Si la cobertura médica complementaria de mi empresa acepta reembolsarme la congelación de mis espermatozoides hasta mi jubilación. Y tú...?

Mamá Noel – Trabajo un año de cada dos para el Comité de Empresa. El resto del año, hago teatro. Pero ya sabe, el teatro...

Hombre – Sí... Hay que ganarse la vida... ¿Y no tienes barba?

Mamá Noel – ¿Preferirías que tuviera barba?

Hombre – No, no, estás... Estás encantadora así... Pero ¿por qué un año de cada dos?

Mamá Noel – Es por la paridad.

Hombre – ¿La paridad?

Mamá Noel – Para luchar contra el sexismo, el Comité de Empresa decidió que un año de cada dos, Papá Noel sería una mujer.

Hombre – Ah, sí...

Mamá Noel – Si lo piensas bien... No hay razón para que solo los actores de sexo masculino puedan esperar encontrar un trabajo temporal durante las fiestas.

Hombre – Debo admitir que nunca había pensado en eso.

Mamá Noel – Para nosotras, entre los árboles de Navidad, las animaciones en los grandes almacenes, las fiestas privadas... es una actividad estacional muy importante. El año pasado, eso me permitió salvar mi empleo.

Hombre – Como Mamá Noel...

Mamá Noel – ¡Como actriz!

Hombre – Claro...

El hombre comienza a vapear también.

Hombre – Y tú, ¿tienes hijos?

Mamá Noel – Tengo miles...

Hombre – ¿Ah sí? ¿Un error de manipulación durante la descongelación de tus óvulos, quizás?

Mamá Noel – ¡Soy la Mamá Noel! Todos los niños son mis hijos.

Hombre – De acuerdo...

Fuman un momento.

Hombre – Y... ¿hay un Papá Noel?

Mamá Noel – No me diga que a tu edad aún se hace esa pregunta...

Hombre – Quería decir, ¿cuando llegas a casa, hay un Papá Noel que te espera en su cabaña, con quien compartes todas las tareas domésticas según las estrictas reglas de la igualdad hombre-mujer?

Mamá Noel – Pues no. Puesto que quieres saberlo todo, nadie me espera abajo con un trineo. En cuanto a mí, Papá Noel no existe...

Hombre – Es curioso, pero a diferencia de la primera vez que escuché eso, hoy tiendo a pensar que es una buena noticia...

Mamá Noel apaga su cigarrillo o guarda su vaporizador.

Mamá Noel – Tengo que volver... Tengo que terminar de decorar el árbol... Y luego tengo una hora en tren para volver a casa...

Hombre – Mi coche está abajo. También tengo algo que terminar y luego me voy. Puedo llevarte, si quieres. Está de camino.

Mamá Noel – Aún no te he dicho dónde vivo.

Hombre – Pero ya sé que está de camino.

Mamá Noel – La magia de Navidad...

Salen juntos. Música a elección. Todos los participantes vuelven al escenario, como muertos vivientes, para una coreografía al estilo de "Thriller" de Michael Jackson, revisitada como un flash mob.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Joker
El Último Cartucho
Ella y El
Encuentro en el andén
EuroStar
La Corda
La ventana de enfrente
Los Naufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer, un salto hacia atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Patis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio
El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún critico en la sala?
Las Pirámides
Los Turistas
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nochebuena en la comisaría
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
¡Demasiado es demasiado!
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Avignon – Julio de 2024

ISBN 978-2-38602-233-3

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.